

tizaciones, la sinfonía de los verdes, los grises, los azules pálidos, se impongan sobre las estructuraciones cúbicas con la fuerza de su naturaleza desbordante. Yo creo que en esos momentos de delicado encuentro con los juegos de color y con las matizaciones, es cuando Juan Manuel es más él mismo. Si tuviera que definir esa dualidad que coexiste en sí mismo entre el hombre de las estructuras y el hombre de las delicadezas cromáticas, elegiría esa diferenciación de Ortega entre las ideas y las creencias. La arquitectura de su obra pertenece al orden de sus ideas; las matizaciones cromáticas —la pintura—, pertenece al orden de sus creencias. De todas maneras, no se piense que esa arquitecturización de su obra es un elemento espúreo en ella. Tan incrustada está en su vida, que incluso forma parte de su misma naturaleza...

He escrito todo lo que he escrito sobre la pintura de Juan Manuel Díaz Caneja, mi pequeña teoría sobre la misma, fundándose en una hipótesis. ¿Qué pasaría si uno de los elementos de esa hipótesis resultara fallido? ¿Qué pasaría si, por ejemplo, mañana me dijera el propio Juan Manuel: «Bueno, sí; pero resulta que a mí no me interesa nunca el cubismo»?

Pues no, no pasaría nada. Si resultara que él nunca se hubiera interesado por el cubismo, ello no querría decir que el cubismo, de una manera o de otra, consciente o inconscientemente, no hubiera presionado sobre su pintura. Pero no, me parece que no me equivocaré tan lamentablemente.

Es evidente que estoy tomando precauciones: previniendo un posible patinazo en mi diagnóstico sobre las posibles presiones magistrales en la pintura de Juan Manuel. Pido perdón por esa casi ridícula pretensión de seguridad en el diagnóstico. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

**Medinaceli:
El mercado
artístico
de las bases
USA**

Medinaceli es un pueblo pequeño, no más de seiscientos habitantes, situado en lo alto de una breve montaña que domina una amplia panorámica de campos ondulados, marrones y amarillos. El paisaje es típicamente castellano, mesetario. La carretera general Madrid-Barcelona, la Nacional II, bordea la cima donde se asienta el pueblo, que queda muy cerca del paso continuo de vehículos. Pero muy poca gente tiene el humor de subir a Medinaceli: son tres kilómetros de sinuosa pendiente, mal asfaltada y peor peraltada.

El pueblo —su arquitectura, su disposición urbana, sus plazas, su privilegiada situación— es de una extraordinaria belleza medieval. Parece que el tiempo se haya detenido en el siglo XVII; nada en Medinaceli parece sugerir el signo de los tiempos modernos. Las casas siguen siendo de piedra y barro, y los habitantes continúan vistiendo a la usanza de tiempos que se me antojan remotos. También es signo de subdesarrollo. Medinaceli fue declarada, en el correspondiente Consejo de Ministros, hace ya muchos años, «Monumento Histórico-Artístico Nacional»... Prohibido desarrollarse: el turismo también es una industria, no muy segura, pero rentable.

Al amparo de la afluencia turística, muy escasa en invierno y algo mejor en verano, se han instalado en Medinaceli algunos artistas poseídos del romanticismo de la soledad y la creación individualizada. No es un fenómeno exclusivo de la ciudad de los famosos duques. En otros rincones perdidos de la geografía española también he tenido ocasión de contemplar al artista bohemio supuestamente inspirado en el subdesarrollo crónico de unas gentes



John y Jill Sanders: un filón descubierto.

maldecidas por la Historia. Pero jamás había encontrado un caso tan singular como el matrimonio Sanders, propietarios de la Galería de Arte de Medinaceli.

El, John R. Sanders, nació en el Estado de Georgia, al Sur de los Estados Unidos. Por causas obvias, tuvo un muy insuficiente acceso a la cultura, y decidió meterse en la Armada, donde permaneció diecisiete largos años. Su brillante carrera de marinero raso con buen sueldo, debido a la antigüedad, quedó truncada por una artritis progresiva y paralizante que le obligó a permanecer hospitalizado durante muchos meses. La Armada lo retiró de su nómina porque en ella no tienen cabida los inválidos. John Sanders decidió entonces dedicarse al arte; parece que no escogió mal. Estudió escultura, artes gráficas, pintura, etcétera, en el Museo de Bellas Artes de Boston. Allí conoció a una inglesa, compañera de estudios, llamada Jill Cowie. Se casaron en 1964.

Como no vieron mercado suficiente en los Estados Unidos, se vinieron a Europa a comercializar su arte. Pasaron por Francia, y aterrizaron finalmente en Medinaceli, donde compraron, en 1965, una casa por el precio aproximado de una noche en un hotel de dos estrellas de Boston o Nueva

York. Obviamente, decidieron quedarse en España, embrujados por el encanto de Medinaceli.

John y Jill Sanders, una vez instalados, empezaron a producir. Acordaron una discreta división del trabajo: El se dedicaría a la pintura y ella a la escultura. Los comienzos, sin ser duros, no fueron tampoco muy boyantes. Medinaceli, como mercado artístico, no daba mucho de sí. Además, ni Jill ni John eran lo que se dice unos genios: El es un retratista mediocre, que desde hace unos meses se ha pasado a la pintura abstracta, sin que al contemplar sus últimos cuadros se acierte a comprender el porqué; ella modela figuras, que luego hace forjar en bronce, de muy pobre expresividad, a pesar de inspirarse tenazmente en el arte escultórico de Rodin.

Un día, pasados ya dos años desde su instalación en Medinaceli, descubrieron el filón. España, los españoles, son un mal mercado para nuestras producciones, pero el país está lleno de norteamericanos, sobre todo de soldados norteamericanos. Montaron una exposición en la base USA de Garra-pinillos, en Zaragoza; otra en Torrejón de Ardoz. Luego se fueron a Marbella, aprovechando el «boom» del turismo norteamericano ha-

cia la Costa del Sol, y de paso se dieron una vuelta por la base naval de Rota. En estos viajes vendieron la tira de cuadros y esculturas. Nadie hasta ese momento había tenido la luminosa idea de visitar al pobre soldado USA, solo, alejado de su patria, distanciado del ambiente por la barrera del idioma. Jill y John Sanders ofrecían el trato directo, hablaban la misma lengua, y además él había sido también soldado. Fue fácil introducirse.

El mercado descubierto, se dieron cuenta en seguida, era inagotable, debido a la continua renovación de efectivos humanos de que hacen gala las Fuerzas Armadas estadounidenses. Dinero tampoco faltaba, no hay que decirlo. Dólares abundantes, que el soldado, soltero y solo en la vida, no tiene tiempo ni ocasión de gastar. Jill Cowie Sanders, como es mujer, montó también una exposición de sus esculturas en el American Women's Club de Madrid. Las mujeres de los soldados y funcionarios norteamericanos son también compradoras de arte, ¿por qué no?

Todo este submercado paralelo sigue, no obstante, centralizado en Medinaceli, donde el matrimonio tiene montada una exposición permanente. Los precios no son excesivamente ca-

ros: La figurita de bronce, de unos diez centímetros de altura, viene a costar alrededor de las dos mil pesetas. Un cuadro, depende del tamaño, claro, puede valer entre diez mil y veinte mil pesetas. Parece ser que también algunos turistas nativos compran el arte producido por el matrimonio. Pero lo fundamental sigue siendo el mercado artístico de las bases, o, como diría Vázquez Montalbán, el mercado del arte derivado de la penetración americana en España. Como se ve, hay de todo en la vida del Señor, y sólo hace falta tener el suficiente ojo para descubrir a tiempo el racimo más jugoso. ■ JUAN ZAMORA TERRES.

TEATRO

Sobre el uso de la libertad

Ellas los prefieren un poquito locas, de Harry Caine, es una de esas comedias que parecen estrenadas para certificar la existencia de la «apertura». Es uno de